

Una niña muy pequeña
que aún no sabía ni hablar
fue encontrada abandonada
(en el parque)
al lado de un tobogán.

Quien la encontró no era rico
(no la podía mantener)
y aunque lloraba de pena
(se hacía tarde)
siguió andando a su quehacer.

Todo el barrio se apenaba
tal era la conmoción
que para evitar la angustia
(y el contagio)
ninguno se le acercó.

Y así pasaron los años,
y la niña resistiendo
entre pájaros y ardillas
florcillas y mariposas
que fue matando y comiendo.

Más tarde, ya crecida
su cuerpo fue interesando
y de a poco algunos hombres
(por la noche)
se le fueron acercando;
uno le pintó un retrato,
a otro un poema inspiró,
hasta que llegó un tendero
(más realista)
y le prometió un jamón,

y cantó la pobrecita:

*"¡Ay! qué marea marea
cómo marea el jamón
¡Ay! qué marea marea
igualito que un ciclón."*

Una vez saciada el hambre
de pecado y de placer
el tendero dejó sola
(a la chica)
comenzando a amanecer.
Pero ya no fue la misma,
después de aquella experiencia
ni ardillas ni mariposas
(que comía)
aquietaron su conciencia

y cantó la pobrecita

*"¡Ay! qué marea marea
cómo marea el jamón
¡Ay! qué marea marea
igualito que un ciclón."*

Unos y otros con jamones
por el parque ahora desfilan
y hasta obispos y maestros
(tan humanos)
por jamón, gozo destilan
y cuando llega la noche
duermen con morbo o pasión
los niños del vecindario
(calentitos)
escuchando la canción

que canta la pobrecita:

*"¡Ay! qué marea marea
cómo marea el jamón
¡Ay! qué marea marea
igualito que un ciclón."*